

Sancho anhela la Isla, la Ilusión: los excluidos del bienestar (el proletariado) son tentados por el demonio de la Ilusión, tal como ha ocurrido a las clases hegemónicas. El materialismo de Sancho parece perderse —y quebrarse— frente al Paraíso perdido de la Caballerosidad. La histeria colectiva de la juventud de la época (de finales de la Edad Media) se emparenta con la de la juventud contemporánea, que baila, canta, suena incesantemente, por miedo a atraerse la severidad del silencio, de esa atmósfera evocativa que desconcierta las mentes pero las hace más sensibles a las interferencias e incompresiones de los seres. Toda vez que el pensamiento mágico se rinde ante el pensamiento lógico, conatos de intolerancia perjudican las relaciones interindividuales. La explosión demográfica y la producción en masa les reducen a proporciones consumistas, potencialmente conflictivas sin ser competitivas. La arrogancia se alía con el reivindicacionismo ultrancista y conformista al mismo tiempo: la deformación de la imagen del equilibrio parece subrogar la concepción fragmentaria, indolora de la existencia. Y, en contraposición a esta imagen, la del vencido, del indefenso, que invoca principios protectores como la no-violencia y la resistencia pacífica.

Aceptemos, pues, esta lucha desproporcionada de los utopistas contra los colosos de esta Era del Plástico y la Computadora. Puede parecer absurda y desproporcionada, pero también lo pareció aquella lucha que a comienzos del siglo inició un hombrecito escuálido y casi desnudo contra el más poderoso imperio de su tiempo. Con la ayuda de una rucua y una cabra (33).

Al dispositivo del imperio del bienestar se puede oponer tan sólo la vida estentórea de una fuerte voluntad: un contraste, que reduce a proporciones infinitesimales las fuerzas que, agigantadas, corrompen el entarimado artificial del mundo. Las imágenes de los edificios del pasado hacen recordar antiguas y concitadas experiencias generacionales: los recuerdos y los acontecimientos se alternan e interconexionan según un signo, un principio, una idea que hacen inútiles los sufrimientos o los encauzan al cumplimiento de un fin.

Es a menudo un fin distorsionado el que la propaganda indica como un destino: los pueblos son, cada vez más, presas de las manipulaciones de los centros de poder económico y político. La ideología sustituye, en nuestro tiempo, a la fe, a la creencia; y es por esta característica adicional —de sustituto de algo— que se configura como pretextual o involuntaria. Las vanguardias —artísticas, científicas, literarias— son a menudo el instrumento de proyección de proyectos de redención, palingenésicos, que sirven para suscitar rencores y rebelio-

---

(33) *Ibidem*, p. 137.

nes contra los detentadores —no los propietarios— de los objetos, de los espejos del bienestar.

El fragmento es infinitamente más significativo que lo entero: el caos se perfila en la sucesión de los fragmentos, en el anacoluto que la parte, inmensamente ensanchada, representa del todo. La clase numérica, infinitiva de los fragmentos —precisamente la serie— representa la metáfora del idilio y del fin. El equilibrio del mundo estará descompensado para la producción en serie de objetos que no se pueden utilizar para satisfacer necesidades reales, sino ficticias: lo inútil que evocan y descifran al mismo tiempo es la paradoja del infinito y de la nada descrita por Jean d'Ormesson en su libro *Dieu sa vie son oeuvre* (34). Lo inútil está en Dios, el sofisma que resuelve los contrastes aparentes, la encarnación del mal además que del bien, la Confusión absoluta:

No había límites a su potencia, que no era otra cosa sino impotencia, ya que no se ejercía sobre nada, y a su soledad. Dios era soledad en medio de la soledad. Y era ausencia en la ausencia. No tenía nombre porque no había lenguaje y no había nadie que le llamara. Era inmóvil, silencioso, innominado, omnipotente y eterno (35).

La democracia contemporánea adquiere a menudo rasgos despóticos porque es el resultado comunitario de un sistema corruptor montado por individuos que se emancipan —o parecen emanciparse— de un sistema represivo o totalitario. Sábato mantiene, recurriendo a un aforisma de lord Acton, que la corrupción de la democracia es relativa, si bien ofensiva e inaceptable, respecto a la corrupción absoluta de los sistemas totalitarios. Se comprende y justifica la confianza idolátrica en la democracia de un escritor latinoamericano que se sustrae a las Erinnias de la política refugiándose en la esperanza o en una especie de compromiso moral de carácter definitorio, propedéutico para el advenimiento de un nuevo orden social. En efecto, la corrupción rebaja todos los regímenes, todas las formas de gobierno al desorden originario, conflictual. La falta de profundización de estos mecanismos de asociación, participación y decisión permite argumentar sin tener conocimiento de la causa sobre los gobiernos como causas y formas del malestar social: los gobiernos que tiranizan a los pueblos, que reducen o afligen sus libertades, como si los pueblos fueran entidades sin sexo, angélicas, que el mal del poder evoca y demanda. La coartada de los

---

(34) Jean d'Ormesson: *Dieu sa vie son oeuvre*, Gallimard, París, 1980 (trad. it. Rizzoli, Milano, 1982).

(35) *Ibidem*, p. 11.